

EVOCACIÓN

por VIRGINIA GUTIÉRREZ DE PINEDO

Etnóloga y Profesora

Éramos la generación colombiana de bachilleres de 1940. Veníamos a Bogotá de las entonces lejanas provincias patrias. Unos habían llegado tras días de jornadas a lomo de mula, trepando riscos, vadeando ríos, y pasando la noche en posadas camineras. Otros, los costeños, habían hecho la travesía en buques de río, que empujaban sus ruedas hidráulicas ante el asombro de caimanes y loros de las selvas rivereñas.

Todos éramos una generación pobre que había andado descalza en un mundo cuasi-rural. Educada en bancos de escuela pública, con cartillas y pizarras, catecismo Astete, tablas de multiplicar y catálogos de ortografía. Y había padecido la depresión económica del treinta.

Cada uno traía a cuestas, con un escuálido equipo de estudiante, plantado en una pensión bogotana, tan magra como el bolsillo de su dueño, un haber terrígeno, que difería en el habla, en la etnia, en la actitud, en el carácter y en las formas de extraverterlo. Éramos un muestreo de polimorfos culturas y razas.

Y, ¡oh asombro!, éramos hombres y mujeres jóvenes, que nos sorprendíamos felices de serlo, a la plenitud de entonces, y de poder reunirnos en torno a una mesa universitaria frente a un común profesor. Por primera vez en una universidad, una generación de muchachos y de muchachas entablaban un diálogo sobre temas científicos y podían fraternizar sanamente. Éramos el escándalo de nuestra sociedad, que veía con horror la coeducación, regida sin titubeos por un concordato religioso, segmentada en dos partidos de activo litigio, pero tradicionalistas hasta los tuétanos.

Paralelamente a esta inmigración estudiantil, llegó la migración de científicos europeos. Fuera del área colombiana, provincianamente ajena al acontecer externo, se sucedía la guerra civil española y la segunda guerra mundial. Nosotros, Escuela Normal Superior, resultamos favorecidos con ellas. J. Francisco Socarrás, su director, mente abierta y ágil, propició el aprovechamiento de las inteligencias que los aconteceres bélicos desplazaban del alar patrio. Y así llegaron y se asentaron en nuestras aulas recias personalidades intelectuales, que se convirtieron en nuestros maestros.

Pablo Vila, Rudolf Hommes, Kurt Freudental, J. M. Ots Capdequi, Francisco Cirre, Pedro Urbano González de la Calle, García Banuz, Antonio Trías,

Rudolf Low Mauss, José Cuatrecasas, Paul Rivet, Justus Schotelius, Davir Mazur, Francisco de Abrisqueta... Llegaron a nuestra heterogénea generación de estudiantes. Creyeron en nosotros, nos dieron fe y se entregaron totalmente a enseñar, más por mística que por el reducido estar que el país les daba. Bajo el influjo de su trabajo, realizado a pesar de las limitaciones del transplante, y de la pobreza nacional, cada disciplina comenzó a florecer. Esta acción de varios años constituyó un verdadero impacto de cambio cultural que crearon en nosotros como multiplicadores del saber. Reconozcamos que estos maestros traían una posición científica y la transmitían con generosidad, y nosotros la asimilábamos a través de una metodología renovadora de las formas tradicionales.

Por primera vez en este siglo, como equipo multiprofesional, esta Escuela Normal Superior, con sus valores nacionales y estos profesores extranjeros, nos revelaron el país. Nos hablaron de Colombia en la cátedra y nos la mostraron en la práctica, a nosotros, larvas del acontecer foráneo, omnisapientes de hechos, lugares y acontecimientos del allá afuera. Ellos nos dieron la dimensión nacional.

Y fue Pablo Vila quien nos enseñó la geografía de Colombia. A descubrir el contenido teórico de su ciencia y a proyectarlo en el suelo patrio, derivando de esta práctica un nuevo conocimiento. Él nos enseñó a cuestionar este saber, a intentar dar respuesta, a entrever la etiología de fenómeno a través de la búsqueda científica, del contacto con los hechos geográficos reales, otrora no entrevistados.

Pablo Vila nos cambió la visión patria. Los estratos geológicos, las bocanas, los sinclinales, los anfiteatros morrénicos, «las escurrimbres cordilleranas», «el rojo sangriento de las arcillas» en los pisos geológicos, adquirieron contexto mental y fuimos capaces de identificarlos en el paisaje patrio. Nosotros, que habíamos aprendido la fastidiosa letanía de los lagos, ensenados y golfos, de los ríos y montes, pero ignorábamos su acción. Que reteníamos en alardes mne-motécnicos increíbles los productos regionales, sin comprender su presencia lógica y causalmente interrelacionada con la fisiografía, el clima, la geología y la vegetación y la acción humana. Por ello sentimos con sus enseñanzas el inmenso alivio de la liberación de la memoria por el ejercicio de la razón.

Él rompió los moldes de la pedagogía geográfica en el país. Nos permitió ver el juego recíproco del hombre con su medio y cobró sentido lógico la geografía económica. Por primera vez fuimos con él mismo a estudiar la geografía en el medio ambiente natural. Ya no fue la excursión jacarandosa, sino el viaje de estudio, la aplicación del marco teórico transmitido en la cátedra o la búsqueda de respuesta a un interrogatorio científico.

Nos obligó (hay que decirlo así ahora) a estudiar para saber, y no para responder a una prueba de capacidad. A exponer, juzgar, discernir, discípulos leccioneros de bachillerato. Nos obligó a documentarnos, utilizando racionalmente el libro, a trabajar sobre él y a dar un juicio sopesando sus conceptos. Aprendimos a manejar mapas, a que su contenido no fuera un misterio y a traducir en gráficos y esquemas los fenómenos geográficos del país.

«Papá Vila»* debe acordarse de nuestra resistencia inicial a la innovación

(*) «Papá Vila», término cariñoso con que sus discípulos lo denominábamos y admirábamos.

didáctica, nosotros copio-oyentes de su cátedra. Recordará también su asimilación a Colombia, en que ni él ni nosotros sabíamos ya si las cordilleras nuestras eran suyas, en la discusión científica de sus peculiaridades, o las de Cataluña nos pertenecían. Un extranjero nos había descubierto la patria y, con el conocimiento, su amor racional. Cuando escribió, entre otras obras, *La Nueva Geografía de Colombia*, esta verdad se nos hizo más evidente: fuera de ser la cristalización de su saber geográfico, era la visión de un científico que veía el país desde adentro.

Por todo esto, en el homenaje que se rinde al profesor Pablo Vila, yo quiero tomar, en nombre de la generación de discípulos suyos, la exaltación del Maestro. No somos ajenos a su tarea de científico. Ya he mencionado *La Nueva Geografía de Colombia*, cuota de su saber al país. Ella rompió la línea tradicional de textos geográficos a manera de catálogo-diccionario, listados de enumeraciones, en el que el arrume de datos era un alarde de conocimientos deshilvanados de la lógica geográfica.

El texto del profesor Vila, por el contrario, constituyó una visión global del país, en el que entraban en activa dinámica los factores físicos, en forma causal entre sí, para marcar su influjo sobre el hombre, actor de una economía y de un paisaje cultural. En otro sentido, esta obra de naturaleza didáctica abrió el camino y dio estímulo a nuevos estudios especializados.

Y fuera de Colombia, de mayores dimensiones fue su tarea científica en el hermano país, Venezuela. Otros habrán estudiado y rendido homenaje justiciero a esta tarea tan extraordinaria.

Por ello, repito, mi ofrenda es de carácter afectivo. Es la expresión sentimental de gratitud debida al hombre, al profesor y al amigo. A quien con fina delicadeza y generoso espíritu tanto nos dio, tanto nos motivó por el país, tanto esperó de nuestras vidas fértiles en beneficio colectivo. Al paciente maestro que transmitió su haber mental, nos enseñó el diálogo científico y la metodología para lograrlo. Al que nos mostró las limitaciones y problemas del país, pero haciendo consciente el camino que entreabría la solución, mientras inculcaba la fe en su potencial físico y humano. Al que ameritó a nuestros ojos, de juvenil desconcierto, el destino patrio, mientras internalizaba la responsabilidad que nos cabía en su logro. Al que nos ofreció la imagen de su vida, modesta hacia afuera, pero rica en disciplina, motivación y contenido mental. A este Maestro quiero honrar. Aquí hay un pedazo de su vida y de su espíritu.